

Editorial

Donarse

P. Silvio Marinelli

Los estudios contemporáneos sobre la personalidad humana, en particular la psicología del desarrollo humano, las psicoterapias y muchas escuelas filosóficas, convergen en exponer el perfil de la persona adulta como una persona que “se dona”.

Éste es fundamentalmente el significado de la palabra amor: capacidad de salir de uno mismo, de su “yo” angosto, para abrirse - acercarse a los demás -, compartir – donarse al fin.

Nos damos cuenta, sin duda, de que este proceso de maduración está sujeto a resultados muy diferentes, debido a rasgos de la personalidad, a la educación que uno recibe, a acontecimientos traumáticos que pueden, en algunas circunstancias, impedir o desviar este proceso; en este caso la persona se queda irrealizada... algo le falta: miedos, experiencias dolorosas, depresión impiden el florecer de la facultad de donarse. Algunas personas pueden también desarrollar actitudes de oposición a los demás y de dominio violento cuando no encuentran el modo de relacionarse adecuadamente.

Por suerte la mayoría de las personas logran desarrollar esta “facultad de donarse”. Paradójicamente, también las experiencias negativas pueden favorecer este éxito: la persona que ha experimentado en carne propia el desamor, el rechazo, la violencia, la necesidad, puede madurar el deseo de cambiar de situación, de dedicarse a hacer algo para que otros no pasen por el mismo escenario de sufrimiento.

En un libro del filósofo catalán Francesc Torralba, *La lógica del don*, publicado el año pasado, llama mi atención una frase que puede ser como el resumen de su argumentación: “Somos don y estamos hechos para el don. Sólo en ese movimiento de exteriorización radica la felicidad”. Me parece una frase que compendia algo verdadero, que percibimos, tal vez de manera confusa, como la identidad más profunda de nuestro ser: hemos nacido para... donarnos.

“Quien guarda su vida la perderá, sin embargo quien la ‘pierde’ la ganará”, nos decía Jesús hace dos mil años. Una consideración que avalan las ciencias psicológicas del comportamiento y nuestra experiencia personal.

Por eso debemos favorecer en todos este proceso –un proceso al mismo tiempo de maduración y de felicidad -: crear una cultura del donarse. La donación de la propia sangre y de los órganos se inserta en este movimiento de maduración personal y de entrega de uno mismo para hacer más liviana la situación ajena. Se puede, y es justo, donar tiempo y afecto en la actividad profesional o de voluntariado, donar bienes materiales, donar nuestro compromiso en los procesos educativos con los niños o jóvenes, comprometerse en las innumerables manifestaciones de la vida social. Sin embargo, el donar la propia sangre para la transfusión o los órganos para el trasplante, adquiere un significado del todo particular: estamos donando algo de nosotros, de nuestra persona, de nuestra “carne”.